

## EL ARSENAL.—ENRIQUE IV.—FRAGATA QUE SALE PARA AMÉRICA.

Venecia setiembre de 1835.

Después de mi descubrimiento de las prisiones en donde el Austria material procura ahogar las inteligencias italianas, fui al arsenal. Ninguna monarquía, por poderosa que sea ó haya sido, ha ofrecido un museo náutico semejante.

Un espacio inmenso, cercado por muros alineados, contiene cuatro recipientes para los buques de alto bordo, canteras para construir esos buques, establecimientos para lo que conviene á la marina militar y mercante, desde la fabricacion de cuerdas hasta la fundicion de cañones, desde el taller en que se elabora el remo de la góndola hasta el en que se labra la quilla de un buque de setenta y cuatro, desde las salas consagradas á las armas antiguas, conquistadas en Constantinopla, Chipre, Morea y Lepanto, hasta las salas donde están expuestas las armas modernas, mezclado todo de galerías, columnas y arquitecturas construidas y diseñadas por los primeros maestros.

En los arsenales de marina de España, Inglaterra, Francia y Holanda, se ve solo lo que tiene relacion con los objetos de esos arsenales: en Venecia se unen las artes á la industria. El monumento del almirante Emo se halla al lado del casco de un buque: á través de largos pórticos se ven filas de cañones. Los dos leones colosales del Pireo guardan la puerta del recipiente, de donde va á salir una fragata para un mundo que no conoció Atenas y que descubrió el genio de la Italia moderna. A pesar de estos hermosos restos de Neptuno, el arsenal no recuerda ya aquellos versos del Dante:

Qual nell' arzaná de Veneziani  
Bolle l'inverno la tenace pece  
A rimpalmar gli legni lor non sani  
Che navicar non ponno; e'n quella vece,  
Chi fa suo legno nuovo, é chi ristoppa  
Le coste é quel che piu viaggi fece.  
Chi rebatte da proda é chi da poppa  
Altri la remi ed altre volge sarte  
Chi terzerolo ed artimon rintoppa.

Todo ese movimiento ha concluido: el vacío de las tres cuartas partes y media del arsenal, los hornillos apagados, las calderas enmohecidas, las cuerdas sin tornos, las canteras sin constructores, atestiguan la misma muerte que ha herido á los palacios. En vez de la multitud de carpinteros, constructores de vela, marineros, calafates y grumetes, solo se ven hoy algunos galeotes que arrastran sus grillos; dos de ellos estaban comiendo sobre la recámara de un cañón: al menos en esa mesa de hierro podían pensar en la libertad.

Quando en otro tiempo remaban esos galeotes á bordo del *Bucentauro*, se les ponía sobre sus hombros marcados una túnica de púrpura para que pareciesen reyes hendiendo las aguas con remos dorados: los galeotes acompañaban su faena con el ruido de sus cadenas, como en Bengala en la fiesta de Durga las bayaderas, vestidas con gasa de oro, acompañan sus bailes con el sonido de los anillos que adornan sus cuellos, brazos y piernas. Los forzados venecianos casaban al dux con el mar, y renovaban ellos mismos con la esclavitud su union indisoluble.

De esas numerosas escuadras que conducian á los cruzados á las costas de Palestina, y prohibian á toda vela extranjera hincharse á los vientos del Adriático, queda un *Bucentauro* en miniatura, la lancha de Napoleon, una piragua de salvajes, y diseños de buques trazados con yeso sobre el encerado de los alumnos de guardias marinas.

Un francés que llegaba de Praga y aguardaba en Venecia á la madre de Enrique V no podía menos de conmoverse al ver en el arsenal de Venecia la armadura de Enrique IV. La espada que llevaba el Bearnés en la batalla de Ivry estaba unida á aquella armadura: esa espada falta hoy.

Por un decreto del gran consejo de Venecia de 3 de abril de 1600, se acordó que *Enrico di Borbone IV, re di Francia é di Navarra con li figliuoli é discendenti suoi sia annumerato ira i nobili di questo nostro maggior consiglio.*

De consiguiente Carlos X, Luis XIX y Enrique V, descendientes de *Enrico di Borbone*, son nobles de la república de Venecia, que ya no existe, como son reyes de Francia en Bohemia y canónigos de San Juan de Letran en Roma, en virtud de Enrique IV: yo los he representado en este último carácter: ellos han perdido su bonete y su muceta y yo mi embajada. Y sin embargo, ¡estaba yo tan bien en mi asiento de San Juan de Letran! ¡Qué hermosa iglesia! ¡Qué hermoso cielo! ¡Qué admirable música! Aquellos cánticos tienen mas duracion que mis grandezas y las de mi rey canónigo.

Mi gloria me ha molestado mucho en el arsenal, pues brilla sobre mi frente sin yo conocerlo; el feld-mariscal Pallucci, almirante y comandante general de marina, me reconoció en mis cuernos de fuego. Vino al punto, y me enseñó él mismo diferentes curiosidades; en seguida, disculpándose de no poderme acompañar por mas tiempo á causa de un consejo que tenia que presidir, me confió á un gefe superior.

Encontramos al capitán de la fragata que iba á marchar. Acercóse á mí sin cumplimiento, y me dijo con esa franqueza de marino que tanto me agrada: —«Señor vizconde (como si me hubiese conocido toda su vida; ¿queréis algo para América? —No, capitán: mucho tiempo hace que no la he visto.»

No puedo mirar un buque sin sentir ardientes deseos de marchar; si estuviese libre, el primer buque que marchara á las Indias tendria probabilidades de llevarme. ¡Cuánto he sentido no haber podido acompañar al capitán Parry á las regiones polares! Mi vida no está satisfecha sino en medio de las nubes y de los mares; siempre abrigo la esperanza de que desaparezca bajo una vela. Los pesados años que arrojan en las olas del tiempo no son áncoras, no detienen nuestro curso.

## CEMENTERIO DE SAN CRISTÓBAL.

Venecia, setiembre de 1835.

En el arsenal me hallaba cerca de la isla de San Cristóbal, que sirve hoy de cementerio. La isla contenia un convento de capuchinos: el convento fue derribado, y el sitio que ocupaba no es hoy mas que un cercado de forma cuadrada. Los sepulcros no están muy multiplicados, ó al menos no se elevan sobre el suelo, nivelado y cubierto de césped. Contra la pared del Oeste se ven arrimados cinco ó seis monumentos de piedra, y esparcidas por el recinto unas cruces pequeñas, de madera negra, con una fecha blanca: así se entierra hoy día á los venecianos, cuyos antepasados reposan en los mausoleos de los Frari y de

San Juan y San Pedro. La sociedad, ensanchándose, se ha rebajado: la democracia ha ganado la muerte.

A las orillas del cementerio, hácia Levante, se ven las sepulturas de los griegos cismáticos, y las de los protestantes, que están separadas entre sí por una pared, como lo están por otra de las inhumaciones católicas: tristes disensiones, cuya memoria se perpetúa en el asilo donde concluyen todas las rencillas. Contiguo al cementerio griego hay otro rincón que protege un agujero, en donde se arroja á los limbos á los niños que nacen muertos. ¡Dichosas criaturas, que habeis pasado de la noche de las entrañas maternas á la noche eterna sin haber pasado por la luz!

Al lado de ese agujero yacen huesos sembrados por el suelo como raíces, que salen al abrir los nuevos sepulcros: unos, mas antiguos, están blancos y secos; otros, recientemente desenterrados, amarillos y húmedos. Por entre aquellos restos corren lagartos, que se deslizan entre los dientes, al través de los ojos y narices, saliendo por la boca y las orejas de las cabezas, moradas ó nidos suyos. Tres ó cuatro mariposas revoloteaban por las flores de malvas entrelazadas con los huesos, imagen del alma bajo ese cielo que participa de aquel en que fue inventada la historia de Psychys. Un cráneo tenia todavía algunos cabellos del color de los mios. ¡Pobre anciano gondolero! ¿Has conducido al menos tu barca mejor que yo la mia?

Una fosa comun queda abierta en el recinto, y acababan de bajar á ella á un médico en medio de sus visitantes. Su negro féretro solo estaba cubierto de tierra por encima, y su costado desnudo aguardaba el costado de otro muerto para que lo calentase. Antonio habia depositado allí á su mujer hacia unos quince días, y el médico difunto era el que la habia despachado: Antonio bendecia á un Dios remunerador y vengador, y llevaba su mal con paciencia. Los féretros de los particulares son conducidos á aquel lúgubre bazar en góndolas particulares, y van seguidos de un cura en otra góndola. Como las góndolas parecen ataúdes, son adecuadas á la ceremonia. Una embarcacion mayor, ómnibus del Cocytus, hace el servicio de los hospitales. Así se hallan renovados los entierros del Egipto y las fábulas de Aqueronte y de su barca.

En el cementerio del lado de Venecia se eleva una capilla octógona consagrada á San Cristóbal. Este santo, cargándose sobre sus hombros un niño en el vado de un rio, encontró que pesaba mucho: el niño era el hijo de Maria, que sostiene el mundo en la mano: el cuadro del altar representa esta hermosa aventura.

Y yo tambien quise llevar á un niño rey, pero no habia advertido que dormia en su cuna con diez siglos: carga demasiado pesada para mis brazos.

Noté en la capilla un candelero de madera (la vela estaba apagada), una pila de agua bendita destinada á bendecir las sepulturas, y un librito: *Pars Ritualis romani pro usu ad exequianda corpora defunctorum*: cuando estamos ya olvidados, la religion, paciente inmortal é incansable, nos llora y nos sigue *exsequor fugam*. Una caja contenia un eslabon: solo Dios dispone de la chispa de la vida. A las hojas de dos de las tres puertas del edificio estaban pegados, por la parte interior, dos cuartetos, escritos en papel comun:

Quivi dell'uom le frali spoglie ascose  
Palida morte, ó passeggeri, t'addita, etc.

La única tumba algo notable del cementerio fue construida de antemano por una mujer, que tardó después diez y ocho años en morir: la inscripcion señala esta circunstancia; de modo que esa mujer esperó en vano por espacio de diez y ocho años su se-

pulcro. ¿Qué pesar alimentó en ella esa larga esperanza?

Sobre una pequeña cruz de madera negra se lee este otro epitafio: *Virginia Acerbi, d'anni 72, 1824. Morta nel bacio del Signore*. Los años son duros á una hermosa veneciana.

Antonio me dijo: —«Cuando esté lleno este cementerio le dejarán descansar, y se enterrará á los muertos en la isla de San Miguel de Murano.» La expresion era exacta: verificada la cosecha, se deja la tierra en barbecho, y se cavan surcos en otra parte.

## SAN MIGUEL DE MURANO.—MURANO.—LA MUJER Y EL NIÑO.—GONDOLeros.

Venecia, setiembre de 1835.

Fuimos á ver ese otro campo que aguarda al gran labrador. San Miguel de Murano es un risueño monasterio con una iglesia elegante, pórticos y un claustro blanco. Desde las ventanas del convento se ven por encima de los pórticos las lagunas y Venecia: un jardin lleno de flores va á unirse con el césped cuyo abono se está preparando aun bajo el cútis fresco de una jóven. Este encantador retiro está abandonado á franciscanos; mas adecuado seria para religiosas que cantasen como los niños de *scuole* de Rousseau. «¡Felices aquellas, dice Manzoni, que han tomado el velo santo antes de fijar sus ojos en la frente de un hombre!»

Os suplico que me deis ahí una celda para acabar mis *Memorias*. Fra Paolo está enterrado á la entrada de la iglesia: ese busca-ruidos debe estar muy furioso del silencio que le rodea.

Pellico, sentenciado á muerte, fue depositado en San Miguel antes de ser trasladado á la fortaleza de Spillberg. El presidente del tribunal, ante el que compareció Pellico, reemplaza al poeta en San Miguel, y está sepultado en el claustro: no saldrá él de esa prision.

No lejos de la tumba del magistrado está la de una mujer extranjera, casada á la edad de veinte y dos años, en el mes de enero: murió en el mes de febrero siguiente. No quiso pasar mas allá de la luna de miel: el epitafio dice: *Ci revedremo*. ¡Si fuese cierto!

¡A un lado esa duda; á un lado la idea de que ninguna angustia desgarra á la nada! Ateo, cuando la muerte os hunda sus uñas en el corazon, ¿quién sabe si en el último momento de conocimiento, antes de la destruccion del yo, no sentireis un dolor atroz, capaz de llenar la eternidad, una inmensidad de padecimiento, de que el ser humano no puede formarse idea en los límites circunscritos del tiempo? ¡Oh, sí; *Ci revedremo!*

Hallábame muy cerea de la isla y de la ciudad de Murano para no visitar las manufacturas de donde vinieron á Combourg los espejos del cuarto de mi madre. No he visto esas manufacturas cerradas hoy día; pero hilaron delante de mí, como el tiempo hila nuestra frágil vida, un delgado cordon de cristal: de ese cristal estaba hecha la perla que cuelga de la nariz de la jóven Iroquesa del salto de Niagara: la mano de una veneciana habia pulido el adorno de una salvaje.

He encontrado cosa mas hermosa que Mila. Una mujer llevaba un niño fajado: la finura del cútis y el encanto de la mirada de aquella muranesa se han idealizado en mi memoria. Tenia el aire triste y ab-sorto. Si yo hubiese sido lord Byron, la ocasion era propicia para intentar la seduccion sobre la miseria: aquí se adelanta mucho con poco dinero. Luego me habria hecho el desesperado y el solitario á orilla de las aguas, embriagado con mi triunfo y con mi



